

RETIRO COMUNITARIO

“Así os envío yo” (Jn 20,21)



Benedicto XVI comenta en su mensaje del DOMUND de este año que el anuncio del Evangelio “es el servicio más precioso que la Iglesia puede hacer a la humanidad y a cada persona que busca las razones profundas para vivir en plenitud su propia existencia”. El mes de octubre nos llama un año más a revivir nuestra vocación al apostolado. Este día de retiro es una ocasión para situarnos ante Aquel que nos llamó a ser sus mensajeros, y en su presencia reavivar el don de la vocación e insistir en la plegaria para que nos conceda perseverar en fidelidad a su llamada.

Comenzamos el día de Retiro con un espacio de oración comunitaria. Proponemos seguir el esquema de la Liturgia de las Horas del día que se tenga el Retiro.

ORACIÓN COMUNITARIA

♦ HIMNO (puede sustituirse por un canto)

Señor, tú me llamaste
para ser instrumento de tu gracia,
para anunciar la buena nueva,
para sanar las almas.

para sacar del sueño a los que duermen
y liberar al cautivo.
Soy cera blanda entre tus dedos,
haz lo que quieras conmigo.

Instrumento de paz y de justicia,
pregonero de todas tus palabras,
agua para calmar la sed hiriente,
mano que bendice y que ama.

Señor, tú me llamaste
para salvar al mundo ya cansado,
para amar a los hombres
que tú, Padre, me diste como hermanos.
Señor, me quieres para abolir las guerras,
y aliviar la miseria y el pecado;
hacer temblar las piedras
y ahuyentar a los lobos del rebaño. Amén.

Señor, tú me llamaste
para curar los corazones heridos,
para gritar, en medio de las plazas,
que el Amor está vivo,

♦ Los salmos y el cántico correspondientes a la hora en que se comienza el Retiro.

♦ Lectura breve (Juan 20, 19-23)

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en su casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros." Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo." Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos."

♦ Del mensaje del papa Benedicto XVI con motivo de la Jornada Mundial Misionera.

"Como el Padre me envió a mí, yo también os envío a vosotros" (Jn 20,21).

Con ocasión del Jubileo del 2000, el Venerable Juan Pablo II, al inicio de un nuevo milenio de la era cristiana, reafirmó con fuerza la necesidad de renovar el empeño de llevar a todos el anuncio del Evangelio con “el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos” (*Novo millennio ineunte*, 58). Es el servicio más precioso que la Iglesia puede hacer a la humanidad y a cada persona que busca las razones profundas para vivir en plenitud su propia existencia. Por ello, esta misma invitación resuena cada año en la celebración de la Jornada Misionera Mundial...

Id y anunciad.

Este objetivo es continuamente reavivado por la celebración de la liturgia, especialmente de la Eucaristía, que se concluye siempre recordando el mandato de Jesús resucitado a los Apóstoles: "Id..." (Mt 28, 19). La liturgia es siempre una llamada 'desde el mundo' y un nuevo envío 'al mundo' para dar testimonio de lo que se ha experimentado... Todos aquellos que se han encontrado con el Señor resucitado han sentido la necesidad de anunciarlo a otros, como hicieron los dos discípulos de Emaús. Ellos, tras haber reconocido al Señor al partir el pan, "en ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once" y refirieron lo que había sucedido durante el camino (Lc 24,33-34). El Papa Juan Pablo II exhortaba a estar "vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: ¡Hemos visto al Señor!" (*Novo millennio ineunte*, 59).

A todos.

Destinatarios del anuncio del Evangelio son todos los pueblos. La Iglesia "es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre" (*Ad gentes*, 2). Esta es "la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (*Evangelii nuntiandi*, 14). En consecuencia, no puede nunca cerrarse en sí misma... No podemos quedarnos tranquilos ante el pensamiento de que, después de dos mil años, aún hay pueblos que no conocen a Cristo y no han escuchado aún su Mensaje de salvación. No solo; se alarga la multitud de aquellos que, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, no reconociéndose ya en la Iglesia; y muchos ambientes, también en sociedades tradicionalmente cristianas, son hoy refractarias a abrirse a la palabra de la fe. Está en marcha un cambio cultural, alimentado también por la globalización, por movimientos de pensamiento y por el relativismo imperante, un cambio que lleva a una mentalidad y a un estilo de vida que prescinden del Mensaje evangélico, como si Dios no existiese, y que exaltan la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, de la carrera y del éxito como objetivo de la vida, incluso a costa de los valores morales.

Corresponsabilidad de todos.

La misión universal implica a todos. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido, sino que es un don que compartir, una buena noticia que comunicar. Y este don-compromiso está confiado no sólo a algunos, sino a todos los bautizados, los cuales son "raza elegida... una nación santa, un pueblo adquirido por Dios" (1Pe 2, 9), para que proclame sus obras maravillosas. En ello están implicadas también todas las actividades. La atención y la cooperación en la obra evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, y tampoco pueden ser consideradas como una de las muchas actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial, y por tanto debe tenerse siempre presente... La misma Jornada Misionera no es un momento aislado en el curso del año, sino que es una preciosa ocasión para pararse a reflexionar si y cómo respondemos a la vocación misionera; una respuesta esencial para la vida de la Iglesia.

Evangelización global.

La evangelización es un proceso complejo y comprende varios elementos. Entre estos, una atención peculiar por parte de la animación misionera, se ha dado siempre a la solidaridad. Este es también uno de los objetivos de la Jornada Misionera Mundial, que a través de las Obras Misioneras Pontificias, solicita ayuda para el desarrollo de las tareas de evangelización en los territorios de misión. Se trata de apoyar a instituciones necesarias para establecer y consolidar a la Iglesia mediante los catequistas, los seminarios, los sacerdotes; y también de dar la propia contribución a la mejora de las condiciones de vida de las personas en países en los cuales son más graves los fenómenos de pobreza, malnutrición sobre todo infantil, enfermedades, carencia de servicios sanitarios y para la educación. También esto cae dentro de la misión de la Iglesia... Desinteresarse de los problemas temporales de la humanidad significaría "ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad" (*Evangelii nuntiandi*, 31.34); no estaría en sintonía con el comportamiento de Jesús, el cual "recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias" (Mt 9, 35). Así, a través de la participación corresponsable en la misión de la Iglesia, el cristiano se convierte en constructor de la comunión, de la paz, de la solidaridad que Cristo nos ha dado, y colabora en la realización del plan salvífico de Dios para toda la humanidad. Los

retos que ésta encuentra llaman a los cristianos a caminar junto con los demás, y la misión es parte integrante de este camino con todos. En ella llevamos, aunque en vasijas de barro, nuestra vocación cristiana, el tesoro inestimable del Evangelio, el testimonio vivo de Jesús muerto y resucitado, encontrado y creído en la Iglesia. Que la Jornada Misionera reavive en cada uno el deseo y la alegría de “ir” al encuentro de la humanidad llevando a todos a Cristo.

Continuamos el rezo de la Liturgia de las Horas

♦ ***Antífona Benedictus (o Magnificat):*** ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero de la Buena Noticia!

♦ **Preces.**

Confiados en el Señor que nos llama y envía a anunciar su Palabra y hacer vivo su amor en el mundo, le presentamos nuestra oración.

- Oremos por todos los que hemos consagrado nuestras vidas al servicio del Evangelio y a proclamarlo en cualquier parte del mundo. Para que nunca nuestra actividad apostólica esté separada de nuestra oración y acudamos siempre a Jesús con humildad y sencillez de corazón para que nos revele el conocimiento del Padre y así podamos transmitirlo, roguemos al Señor.

- Oremos por todos los que rigen los destinos de los pueblos, por todos los gobernantes. Para que nunca se dejen conducir por intereses particulares y egoístas, para que de verdad estén siempre al servicio de los más desfavorecidos, para que promuevan siempre acciones de solidaridad, de paz y desarrollo pagando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, roguemos al Señor.

- Oremos por todos los cristianos perseguidos a causa de su fe. Por todos los misioneros que padecen la persecución por la Buena Noticia. Para que el Señor les dé la verdadera sabiduría que brota del Evangelio, sea su fortaleza en medio de las pruebas y todos sepamos entender el testimonio de su martirio, roguemos al Señor.

- Oremos por todas las familias del mundo. En especial por las que estén pasando momentos difíciles. Por los padres sin trabajo. Por las madres abandonadas a su suerte. Por los ancianos que viven solos. Por los hijos que, de una forma u otra, viven sin sus padres. Para que el Señor acompañe a todos y el Corazón de María sea la Madre que a todos guarde en su Corazón, roguemos al Señor.

- Oremos por todas las personas que, de una u otra forma, colaboran con nosotros en nuestra vida y acción misioneras. Para que el Señor las mantenga en su servicio y las fortalezca en sus trabajos y a nosotros nos dé el ser agradecidos y el reconocer sus servicios y colaboración, roguemos al Señor.

♦ **ORACION DEL DOMUND**

♦ **OFRECIMIENTO AL CORAZÓN DE MARÍA (Directorio Espiritual, nº 24)**

Meditación

Un Dios misionero

“En la Iglesia primitiva cuando se desarrolló la teología de la Trinidad, ya se ven en ella las raíces del Evangelio de Juan; la misión era entendida como algo que se deriva de la misma naturaleza de Dios. En un lenguaje trinitario clásico, la misión se entiende fundamentalmente, de esta manera: Dios Padre envía a su Hijo; el Padre y el Hijo envían al Espíritu; el Padre, el Hijo y el Espíritu envían a la Iglesia. La iniciativa misionera no viene primordialmente del mandato de Jesús a sus discípulos a ir a todo el mundo a predicar el Evangelio. Más bien, la actividad misionera viene básicamente de la naturaleza misma de Dios, de la trinitaria comunión de amor.

Por lo tanto, la misión no es principalmente una actividad de la Iglesia, sino que primordialmente es un atributo de Dios. Dios es un Dios misionero. Está en su naturaleza ser misionero, buscar la relación, para derramar el amor. La misión incluye a la Iglesia, por supuesto. De hecho, la Iglesia es misión. En este sentido la Iglesia sólo existe para la misión de Dios. Por lo tanto, hay Iglesia porque hay misión, pero no viceversa. La Iglesia participa en la *missio Dei*. La Iglesia forma parte de la misión de Dios en el mundo, pero no es toda la obra de Dios en el mundo.”¹

Después de leer este artículo he decidido poner el título al retiro. Luego he pensado: “Divide y vencerás”; así que para profundizar en el lema del Domund de este año 2011, “Así os envío Yo”, me dispongo a desarrollar cada una de estas cuatro palabras.

Así...

Siendo conscientes y renovando esa llamada y ese envío que Dios nos sigue haciendo en los diferentes contextos en los que nos movemos y en los cuales desarrollamos nuestra misión, os invito a dar gracias a Dios por esa realidad, de situaciones y personas que nos rodea. Ese es el “así” en el cual Dios nos sigue invitando a continuar su misión. Él, como protagonista y autor de esta misión, pero siendo consciente de que han cambiado las realidades y las personas. Te invito al principio de este retiro a acallar las voces de tu interior y tu exterior para que vayas descubriendo cómo son las personas a las que has sido enviado, en tu comunidad, en tu equipo, en tu colegio, en tu parroquia, dar gracias al principio por todas y cada una de las personas con las que has sido bendecido. Escoge algunas de ellas, las más significativas por distintas razones, y recuerda la última conversación con ellas. Te ayudarán a descubrir el contexto en el que te mueves.

El “así” de hoy está marcado por la llamada globalización, donde no hay fronteras, donde se une la humanidad dividida y se busca la paz tan deseada; es también el tiempo donde se ha creado el mayor proceso de exclusión que amplía la brecha entre ricos y pobres. Las migraciones internacionales son otra expresión de la globalización, nuestras sociedades son cada vez más multiculturales. No sólo cambia el rostro de nuestras ciudades, sino que cambian las pertenencias religiosas. Las tendencias opuestas de secularización y los resurgimientos religiosos provocan un aumento de movimientos sociales de secularismo junto con el fundamentalismo, creando así la división. Surge la secularización como hecho de volverse hacia el mundo como punto de referencia para explicar los misterios de la vida. Las formas extremas de secularización rechazan lo trascendente, llevando a todos al reino del relativismo, o según la expresión de Benedicto XVI, “a la tiranía del relativismo”.

Y en medio de este contexto nos sigue enviando Dios a continuar su misión, en esas personas concretas con las que te cruzas cada día, y que siguen esperando esa Buena Noticia en nombre de Dios, en nuestras palabras y gestos.

¿Cómo describirías tu “así”, tu contexto, donde estás desarrollando tu misión? Compártelo con tu comunidad en algún momento.

¹ Cfr MAHER Mary, SSND “Llamados y enviados: reflexiones sobre la teología de la vida religiosa apostólica”. Cuaderno 2/2011/vol. 110, Vida religiosa apostólica (Monográfico).

Os...

Nosotros, los Misioneros Claretianos. En nuestras Constituciones no aparece la referencia bíblica de este texto de Juan, pero en el número 46 podemos leer: "... hemos sido **enviados** a anunciar la vida, muerte y resurrección del Señor...", y en el número 4 podemos leer: "A nosotros, **Hijos del Inmaculado Corazón de María**, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido también el don de seguir a Cristo en comunión de vida y de proclamar el Evangelio a toda criatura, **yendo** por el mundo entero".

En medio de esos contextos en los que vivimos, nosotros somos enviados. No es algo personal, es como el proceso de renovación espiritual que estamos viviendo con la Fragua en la vida cotidiana, un proceso comunitario, provincial y Congregacional. Somos enviados como un cuerpo con nuestras pobreza y debilidades, con nuestras incoherencias y nuestros dones, para que se vea la obra y la gracia de Dios a través de nuestro actuar y nuestro servir misionero.

Pero, a veces, encontramos resistencias a nuestro propio envío. No nos sentimos enviados por la comunidad o por la provincia al servicio apostólico que estamos desarrollando. Queremos huir como Jonás de esa misión de predicar en Nínive. ¿De qué o de quién estás huyendo?, ¿de la responsabilidad?, ¿de la comunidad?, ¿de la rutina?, ¿de lo que Dios te está pidiendo en este momento?, ¿de ti mismo?.

A veces, el "así", donde Él "nos" envía, es como Nínive. Normalmente no son lugares, ni misiones agradables a los ojos de los hombres. La misión es hoy difícil, pero es la suya, es en su nombre. Él es el misionero, que nos ha elegido a nosotros, tal y como somos, para que sigamos sus pasos proclamando su Reino.

Ya nos hablaba el P. General en su carta de abril del 2010, de "la necesidad de cuidar los instrumentos de crecimiento espiritual y de asegurar los tiempos necesarios para que la experiencia de Dios toque verdaderamente todas las dimensiones de nuestra vida. Sin la base de una sólida espiritualidad será difícil conseguir el grado de credibilidad que se exige al evangelizador y a la comunidad religiosa.

La urgente necesidad de encarnar más decididamente en nuestras vidas el ideal de la fraternidad misionera que hace de nuestras comunidades anuncio de la novedad del Reino. En todos los Capítulos se ha escuchado la denuncia de un creciente individualismo y el deseo de profundizar las relaciones comunitarias más allá de una convivencia pacífica, o incluso agradable, creando espacios para compartir la Palabra y la experiencia de fe y reforzando la corresponsabilidad en los proyectos misioneros."

Envío...

Enviar significa salir de las seguridades o inseguridades en las que vivimos para poder ir a donde nos mandan. El enviado no elige la misión, ni las personas a misionar, ni los compañeros con los que realiza ese servicio. El enviado tiene una misión concreta: anunciar la Palabra del que le ha enviado, no la suya propia; con sus palabras, ser fiel a la Palabra. Con su testimonio de vida, ser fiel al que es la Palabra, al único que puede cambiar la vida de la gente, como ha cambiado la mía.

Hace un año visite una casa de la Parroquia, una situación complicada, tres chicas huérfanas de padre y madre que vivían en una habitación alquilada. La mayor de unos veinte años y responsable de las otras, llevaba a su espalda un niño. El padre de ese niño había desaparecido dejándola embarazada de otra criatura. La segunda chica, de unos quince años, ya no vivía allí, estaba en nuestro programa de ayuda para huérfanos para acceder a la educación. Había dejado de ir al colegio y por eso nos presentamos allí. Las amistades y la situación económica la habían llevado a iniciarse en el campo de la prostitución. La más pequeña asiste a la escuela de primaria y temíamos también por su situación. Cuando llegamos a la casa, nos sentamos fuera y comenzamos a hablar sobre qué hacía para sobrevivir cada día, qué clase de trabajos a tiempo parcial aceptaba y qué futuro veía para su situación y la de sus hermanas. Fue una conversación con muchos silencios y pocas lágrimas. Al final pedí quedarme a solas con la hermana mayor para preguntarle directamente si se había hecho el test del Sida y si quería entrar en el programa de enfermos que llevamos en la parroquia, pero no pude preguntarle, se echó a llorar, se derrumbó. Después de unos minutos de espera, ya pudo hablar y me dio las gracias. Yo le pregunté por qué. Ella respondió que desde que murieron mis padres ustedes han sido los únicos que han venido hasta

aquí a preguntarnos cómo estamos y cómo salimos adelante. Yo me guardé mis preguntas para otro día, ante la simplicidad de la respuesta y caí en la cuenta la importante que es llegar a la gente y preguntarle cómo está de verdad, y quedarse a escuchar sus respuestas.

Supongo que todos tenemos experiencia de este tipo de encuentros con personas distintas, con sus problemáticas y sus necesidades. A ellas es a las que somos enviados por Dios, a salir de nosotros mismos y nuestras historias para entrar en la historia de los otros con una Palabra nueva, que a veces es silencio, a veces escucha y a veces es consuelo. Siempre es Palabra de Dios a través de estos pequeños instrumentos que son los servidores de su Palabra.

Te invito en este momento del retiro a que recuerdes tu última conversación con alguien donde te hayas sentido enviado como amor, consuelo, perdón, luz de Dios en la vida de los otros.

...Yo

En este momento del retiro te invito a que te acerques a esos textos vocacionales que tanto te ayudan en los momentos difíciles. Esos pozos de la Palabra de Dios donde vas a saciar la sed en momentos de soledad, oscuridad o crisis. Allí descubrirás el rostro de ese “Yo” que te sigue llamando y que te sigue amando.

No olvides que Él es el protagonista de esta misión, Él es el primer misionero, el que va marcando la misión en los tiempos de hoy. Descubrimos cómo nos sigue hablando en nuestros hermanos de comunidad, en las necesidades de la gente y en las peticiones que nos llegan. Esa misión que también quiere ser compartida con otros.

No podemos olvidar que llegamos a ser misioneros claretianos porque Dios nos ha escogido de una manera tan misteriosa y atractiva que no podemos hacer otra cosa más que responder con toda nuestra vida. Esto ha de ser lo principal: ser llamados, seducidos, atraídos por el Dios vivo, a seguir a Jesucristo en una comunidad de discípulos que son enviados al mundo para servir y realizar un ministerio en su nombre.

Te invito a que releas los textos vocacionales que han supuesto un momento de luz en tu camino y luego los compartas con tu comunidad.

Propuestas para el diálogo comunitario.

La comunidad puede valorar las propuestas y plantear como motivo de diálogo las que considere más adecuadas.

“Así”: ¿Cómo describirías tu “así”, tu contexto, donde estás desarrollando tu misión? Compártelo con tu comunidad en algún momento.

“Os”: ¿De qué o de quién estás huyendo?, ¿de la responsabilidad?, ¿de la comunidad?, ¿de la rutina?, ¿de lo que Dios te está pidiendo en este momento?, ¿de ti mismo?.

“Envío”: Te invito en este momento del retiro a que recuerdes tu última conversación con alguien donde te hayas sentido enviado como amor, consuelo, perdón, luz de Dios en la vida de los otros.

“Yo”: Te invito a que releas los textos vocacionales que han supuesto un momento de luz en tu camino y luego los compartas con tu comunidad.

¿Evangelizar en tiempos de increencia? (Diócesis de Vitoria)

En las páginas del Antiguo Testamento podemos leer estas palabras de Qohelet: *“Todo tiene su tiempo y su momento, todas las tareas bajo el cielo: tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de plantar, tiempo de arrancar; tiempo de matar, tiempo de sanar; tiempo de derruir, tiempo de construir; tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar; tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras; tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse; tiempo de buscar, tiempo de perder; tiempo de guardar, tiempo de arrojar, tiempo de rasgar, tiempo de coser; tiempo de callar, tiempo de hablar; tiempo de amar, tiempo de odiar; tiempo de guerra, tiempo de paz”* (Eclesiastés 3, 1-9). Sin embargo, al autor del libro no se le pasó por la cabeza incluir en su enumeración: *“tiempo de fe, tiempo de increencia”*. Nosotros tampoco lo haríamos.

No podemos pensar que la increencia es en la actualidad algo así como la *“fruta del tiempo”*. Ni pensar que la fe haya sido el fruto natural de otros tiempos. De lo contrario nos sentiríamos fatalmente abocados a aceptar cada tiempo como viene, preocupándonos hoy, en el mejor de los casos, de proteger y guardar avariciosamente para nosotros mismos un fruto de otro tiempo, valioso por su antigüedad y su actual escasez.

La cultura de nuestro tiempo parece acoger con mayor naturalidad la indiferencia religiosa que la experiencia creyente o cualquier referencia a Dios. La fe que en tiempos pasados ha sido vista como *“un bien cultural socialmente protegido”* es percibida en nuestros días como *“un hecho contracultural”*. Es cierto que no se puede vivir la fe ni transmitir el Evangelio del mismo modo en un tiempo o un ambiente que en otro.

Hay un rasgo esencial de la fe que es el encuentro personal y la adhesión al Dios de Jesucristo. Esto no puede darse como fruto espontáneo de un ambiente cultural, aunque sí puede verse favorecido u obstaculizado por éste. Hoy no basta para vivir como creyente una fe recibida por herencia, sin experiencia vital y personal.

Nuestra vida creyente se desarrolla encarnada en nuestra existencia humana concreta, configurada por una cultura con sus valores y formas de expresión peculiares. La fe cristiana no tiene como objeto el conocimiento de un Dios lejano, ajeno a la vida humana, difícil de percibir en tiempos de niebla, sino la experiencia de la Buena Noticia del Dios de Jesucristo. Esta experiencia sólo es posible cuando a Dios se le descubre cercano, llenando de gozo y de sentido nuestra existencia, la vida concreta de los hombres y mujeres con quienes compartimos la misma situación y los mismos problemas, las inquietudes y las esperanzas comunes en nuestro tiempo. No podemos mirar estos tiempos desde fuera, desde lejos, sino que los vivimos desde dentro y los asumimos en nuestra propia identidad creyente.

No es posible hoy un anuncio o propuesta del Evangelio que no asuma la realidad del tiempo presente. Dios quiere darse a conocer también en el mundo de hoy, en nuestro tiempo y en nuestra cultura. Quiere hacerlo por medio de los creyentes. La responsabilidad de la fe nos anima a vivir y comunicar la Buena Nueva como servicio al mundo actual, incluso a contracorriente, con el testimonio y la palabra, “dando abiertamente razón de nuestra esperanza a todo el que nos pida una explicación” (1ª carta de Pedro 3, 15).

Ésta es hora de evangelizar, como lo han sido también las horas del pasado y lo serán también las del futuro; pero la hora actual nos pide atender los signos y circunstancias del momento presente. **Evangelizar hoy requiere una experiencia de fe, unas convicciones, unas actitudes, unos compromisos, unos caminos y un estilo nuevos, propios de quienes aciertan a encarnar el Evangelio de Jesucristo en la vida personal y social de los hombres y mujeres que habitan un mundo y una cultura nuevos.**

¿Son los nuestros *“tiempos de increencia”* o más bien tiempos de creer, de vivir la experiencia de la fe y de comunicar la Buena Noticia del Evangelio, de un modo nuevo?

